

Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 3

La Misión *ad gentes* en la vida de la Iglesia



Tema 2

LA COMUNIDAD ECLESIAL,
RESPONSABLE DE LA MISIÓN

PRESENTACIÓN

Cada uno de los miembros de la Iglesia debe asumir su propia responsabilidad en la tarea de la evangelización y de la acción misionera. Pero esto no debe hacernos olvidar que cada uno de los bautizados existe, como cristiano, en el seno de la Iglesia.

Por ello, **el sujeto responsable radical de la misión es la comunidad cristiana**. Y cada uno de los bautizados lo será en el seno de su comunidad y conforme al carisma que haya recibido o la vocación que haya asumido.

La responsabilidad misionera de la comunidad es previa a la responsabilidad del individuo que recibe de ella y en ella la fe y, por tanto, el compromiso y la tarea de la misión universal. Los elementos constitutivos de la comunidad eclesial viven de y para la misión.

La comunidad eclesial, por ser Iglesia, tiene que responder de la misión que le ha sido confiada dentro del dinamismo de la historia de la salvación cara a toda la humanidad. Si la comunidad eclesial es la responsable de la misión, ésta debe estar presente en todas sus actividades.

Por consiguiente, los sacramentos de iniciación, en cuanto proceso de inserción en la Iglesia, deben exigir siempre el compromiso y la apertura misioneros. Desde estos presupuestos hay que comprender y enmarcar el sentido de la pastoral misionera: **lo misionero no puede ser algo añadido o yuxtapuesto al conjunto de las actividades de la Iglesia, sino una dimensión de la vida de la Iglesia en todas sus actividades**. Y esto se tiene que percibir sobre todo en la catequesis y en la liturgia.

Desde hace años la Iglesia en España está intensificando su atención pastoral en la iniciación cristiana de niños, jóvenes y adultos. La publicación del documento *La iniciación cristiana* de la Conferencia Episcopal Española es buena muestra de este empeño pastoral. Indicador de los pasos que se están dando es la institucionalización del catecumenado. Sin embargo, en este recorrido se observan dos dificultades: la resistencia a su aplicación por parte de algunos sectores de la Iglesia y la escasa referencia a la dimensión misionera en estos procesos.

En este tema se intenta desentrañar la conexión interna entre la formación misionera de los fieles y su iniciación cristiana.

Desde la realidad

1. ¿Qué es el Plan Diocesano de Pastoral? ¿Lo conoces? ¿Se plantea dicho Plan desde una perspectiva misionera?
2. Los sacramentos de iniciación son la base para llegar a una madurez cristiana. ¿Está presente la misión en la preparación del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía?
3. ¿Qué aspectos misioneros descubres en las celebraciones litúrgicas?
4. En la catequesis parroquial, ¿encuentras contenidos y actividades en los que se haga presente el compromiso misionero?

DESARROLLO EXPOSITIVO

I. La vocación eclesial es vocación misionera

La comunidad cristiana está constituida por un grupo de personas a las que Dios convoca para enviarlas a continuar el anuncio que a ellas mismas ha congregado. El envío, por tanto, no es algo posterior, sino el motivo mismo de la convocatoria.

Esta asamblea de convocados debe vivir como una comunidad de personas que se sienten profundamente relacionadas, que llegan incluso a entenderse como una familia. Este estilo de vida que se genera es también intrínsecamente misionero porque resulta atractivo para otros, porque es hospitalario y acogedor, porque da testimonio del amor cristiano.

El estilo comunitario de la Iglesia arranca del modo como Jesús se relacionó con sus discípulos.

Los Doce en torno a Jesús constituyen un modo de vida distinto, alternativo. Esta experiencia es posible porque el Señor los reúne y los congrega en el Espíritu. Esa reunión, y la celebración que la acompaña, está impregnada por la alegría, por el gozo de una vida renovada, en la que experimentan nuevas relaciones con Dios y con los hombres. Precisamente por ello, la comunidad cristiana es misionera, expansiva: por el hecho mismo de ser comunidad, ese tipo de comunidad.

Desde sus orígenes, la comunidad cristiana tal como se originó en Jerusalén fue intrínsecamente misionera. Esta comunidad, una vez recibido el impulso de Pentecostés, tuvo que entender algo mucho más radical: había sido congregada y había obtenido los dones de la salvación porque tenía que ser **enviada** en medio de los pueblos.

Esta dimensión misionera será transmitida a todas las comunidades e Iglesias que surjan. **Antio-**

quía es el prototipo de comunidad eclesial intrínsecamente misionera (Hch 13,1-3).

Antioquía era una iglesia de reciente fundación, que nació de la predicación del Evangelio por apóstoles venidos de Jerusalén. Los cristianos de Antioquía eran conscientes de que la Palabra había llegado a ellos para dirigirse después a otro lugar.

Antioquía, por tanto, es lugar de paso en el dinamismo de la misión, que se dirige hasta los confines de la tierra. Por eso deciden que algunos miembros se encarguen de desempeñar esa responsabilidad que corresponde al conjunto de la comunidad. Pablo y Bernabé son **enviados en nombre de todos**, mediante la imposición de manos.

Podemos decir que **a partir del Vaticano II** se insiste de nuevo mucho más en el carácter misionero de las comunidades que en el de las personas individuales. Cada comunidad eclesial, en cuanto que representa a su manera a la Iglesia visible extendida por todo el orbe, no puede sentirse desvinculada de la misión que le ha sido encargada a la Iglesia:

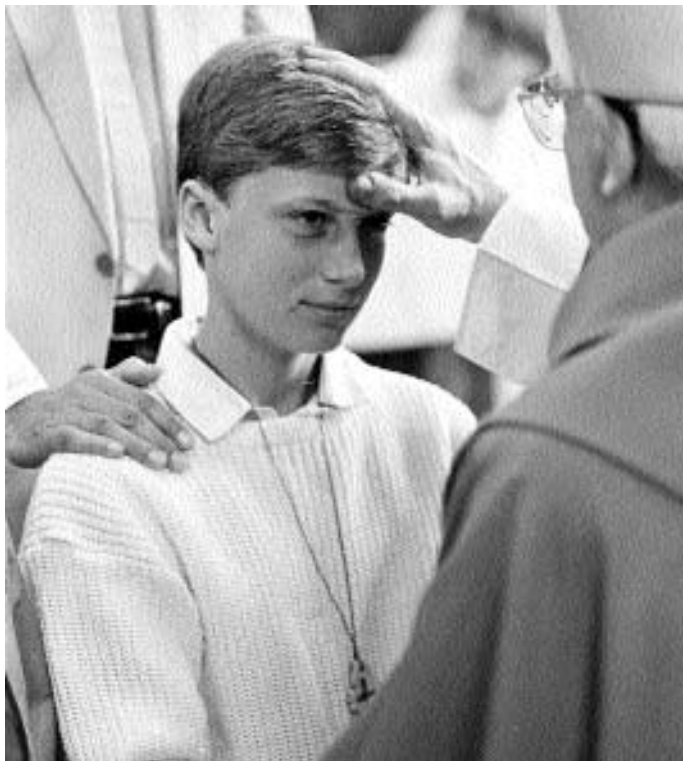
“Pero como el Pueblo de Dios vive en comunidades sobre todo diocesanas y parroquiales, y en cierto modo se hace visible en éstas, corresponde también a ellas el dar testimonio de Cristo ante las gentes.

“La gracia de la renovación en las comunidades no puede crecer si no dilata cada una los espacios de la caridad hasta los últimos confines de la tierra, y no siente por los que están lejos una preocupación similar a la que siente por sus propios miembros” (AG 37).

II. Dimensión misionera de los sacramentos de iniciación

La comunidad cristiana se va edificando y construyendo mediante los sacramentos de la iniciación cristiana. Éstos son **el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía**.

Todos ellos deben ser considerados en su mutua relación en cuanto momentos de un proceso de iniciación, de introducción o de inserción en la vida eclesial. La Iglesia se levanta sobre las aguas del Bau-



tismo y encuentra su máxima expresión en la celebración de la Eucaristía. El hombre individual pasa a formar parte de la Iglesia cuando sella su fe en el Bautismo, pero encuentra su consumación cuando participa de la Eucaristía.

En la antigüedad cristiana, cada cristiano invitaba a la fe a los paganos que encontraba en su vida cotidiana. Cuando éstos se convertían, iniciaban el proceso catecumenal, a través del cual iban dando pasos hacia una plena incorporación a la comunidad eclesial. Ésta los acompañaba en todo este proceso y lo celebraban solemnemente en la Vigilia pascual. Este planteamiento antiguo condensaba toda la actividad misionera de la iglesia. Y en esta dinámica se expresaba toda la preocupación misionera de cada Iglesia.

Esta perspectiva se diluyó en buena parte cuando se generalizó el Bautismo de los niños y cuando los sacramentos se independizaron y comenzaron a celebrarse por separado. La catequesis pasó a ser un medio de personalización de la fe y no parte del proceso misionero de la Iglesia.

De este modo, la iniciación cristiana y cada uno de los sacramentos dejaron de ser vividos en clave misionera. A estas alturas urge recuperar el compromiso y la apertura misioneros en los sacramentos de iniciación, ya que son procesos de inserción paulatina en una Iglesia misionera.

III. Hacia una pastoral más misionera

Para que cada una de las comunidades eclesiales sea realmente misionera, se requiere una pastoral misionera, es decir, que toda la pastoral esté **impregnada de la lógica misionera** y que haya **actividades que destaquen de modo directo la dimensión misionera**.

La **lógica misionera** debe incidir de modo radical e innovador sobre la vida y las actividades de cada comunidad cristiana. Y la pastoral debe ser vista sobre el trasfondo del horizonte misionero, del que ha surgido y para el que existe cada comunidad cristiana.

Ahora bien, para que la pastoral misionera sea duradera y eficaz, deben estar claros los presupuestos, las consecuencias e implicaciones, así como la comprensión actual de la misión.

Cada comunidad eclesial tiene que tomar conciencia de que ha nacido de la misión y de que vive para la misión, pues en su origen y en su permanencia se encuentra el anuncio de la Palabra convocadora.

Para lograr una pastoral con lógica y alma misioneras conviene caminar hacia una pastoral de frontera, de anuncio, de presencia, de testimonio, siempre en actitud de salir, de ir al encuentro, dando más importancia a los procesos de iniciación, de acompañamiento, donde la acogida y el empuje hacia los que no conocen a Cristo sean prioritarios.



La dimensión misionera debe estar mucho más presente en los órganos de coordinación pastoral a todos los niveles, sin olvidar los ámbitos o espacios en los que los cristianos cultivan y educan la fe: la catequesis y la liturgia.

IV. La animación misionera

Esta pastoral misionera surgirá cuando haya una auténtica **animación misionera**. De ésta, del animador y del grupo misionero, de la información y de la formación, se ocupará la carpeta número 7. Avanzamos, no obstante, la importancia de la animación misionera en la vida de la diócesis.

El Congreso Nacional de Misiones celebrado en Burgos del 18 al 21 de septiembre de 2003 fue claro al respecto: “[...] todos los servicios diocesanos necesitan moverse en la dinámica de la única misión que Cristo confió a su Iglesia: la de evangelizar a todos los pueblos. Sin esta dimensión misionera ad gentes, las estructuras diocesanas no lograrían situarse más allá de una estructura parecida a las demás. Las estructuras diocesanas abren la herencia común de gracia a la

Iglesia universal. De esta apertura dependerá su propia viabilidad y eficacia [...]. La pastoral de conjunto de la Iglesia particular incluye el servicio de la animación y cooperación misionera. Para ello es necesario organizar agentes cualificados, que sepan presentar las situaciones ad gentes (información, estadísticas, experiencias, publicaciones) y, al mismo tiempo, que sepan exponer los fundamentos teológicos de la misión, en vistas a suscitar mentalidad y disponibilidad misionera sin fronteras. Tanto los individuos como las instituciones (asociaciones, movimientos, comunidades, etc.), salvando la identidad de su propio carisma, deben insertarse en la pastoral de conjunto de la Iglesia particular” (J. Esquerda Bifet, “La misión ad gentes, acción prioritaria de las Iglesias particulares”, en CEM, Actas del Congreso Nacional de Misiones, p. 166).

Para la reflexión personal

El estilo comunitario de la Iglesia arranca del modo como Jesús se relacionó con sus discípulos. Esta relación hizo que la comunidad cristiana, ya desde el principio, fuera intrínsecamente misionera.

- 1 ¿Quiénes forman la comunidad? Es bueno poner rostro y nombre a cada persona, conocer su situación, sus alegrías, sus dificultades, sus ilusiones, más de su vida... Se trata de interesarse por cada persona.
- 2 ¿Cómo describirías la comunidad eclesial en la que participas? ¿Cuál es su estilo, cuáles los rasgos que la caracterizan?
- 3 ¿Cómo ves tu parroquia? ¿Y la diócesis? ¿Crees que tenemos suficiente información y formación para que crezca nuestro compromiso misionero?

Para el trabajo en grupos

“**L**o misionero no puede ser algo añadido o yuxtapuesto al conjunto de las actividades de la Iglesia, sino una dimensión de la vida de la Iglesia en todas sus actividades. Y esto se tiene que percibir sobre todo en la catequesis y en la liturgia”.

- 1 ¿Aparece la dimensión misionera en la catequesis y en la liturgia de vuestra comunidad?
- 2 Podéis comparar vuestra comunidad con otras comunidades que aparecen en el Nuevo Testamento: Hch 4,32-42; 13,1-3.
- 3 Leyendo atentamente las reflexiones que se hacen en torno a los sacramentos de iniciación, se afirma que el aspecto misionero es un elemento fundamental en el proceso de inserción en una Iglesia misionera. ¿Es así en vuestra práctica? Si no es así, ¿cómo podéis recuperar la apertura misionera y el compromiso que implica?

TESTIMONIO



COMUNIDAD DE DISCÍPULOS

Hagamos, pues, la **Iglesia Comunidad** fiel a los orígenes: Comunidad de seguidores y discípulos del Señor; Comunidad de Ministerios y Carismas; Comunidad, sobre todo, por y para el Reino de Dios, que *eso debe ser la Iglesia sobre cualquier otra causa*. Y, por supuesto, *construir esa Comunidad es también la primera tarea de la Iglesia como arranque esperado de toda evangelización nueva y duradera*.

Eso es lo que intentamos hacer en Sucumbíos y en muchos lugares de América Latina, como el mejor modo de cumplir la Misión encomendada por el Señor Resucitado a sus discípulos, porque (y no hay que olvidarlo) *“los que antes no eran pueblo, ahora sois pueblo de Dios”* (1 P 2,10). ¿Qué queda, pues?

“Duc in altum = Rema mar adentro” (Lc 5,5). ¿Cuánto adentro? Sin duda más allá de la historia, pero no fuera de ella; también más allá de la Iglesia en su realidad histórica, pero no sin ella; y por supuesto, mucho más allá de

nuestras conquistas personales... ¿Cuánto adentro, pues? ¡Ni más ni menos que hasta lo profundo de Dios!

Así que los dos discípulos de **Emaús** *“contaron a los Once lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir del pan”* (Lc 24,35). ¿Qué pan? ¿De qué **pan** hablamos? ¿Pastoralmente hablando y para la Iglesia en **Latinoamérica**? El **pan** de que hablamos es la *pequeña Comunidad de Base* o, como ahora se amplía, *las comunidades vivas; ellas son el pan* partido por Jesús y reconocido en la posada *por los caminos* de Sucumbíos, para gloria de Dios y sincero servicio de su **Reino**. Y por eso podemos proclamar: *“Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón”* (Lc 24,34).

“Bendito sea Dios, que por su gran misericordia nos ha hecho nacer de nuevo” (1 P 1,3).

D. GONZALO LÓPEZ MARAÑÓN

(CEM, *Actas del Congreso Nacional de Misiones*, p. 481)

ORACIÓN

Leer 1 Co 13 (himno a la Caridad). Reflexionar. Orar con el texto. Cantar:

AMAR ES DARSE

*Amar es darse a todos los hermanos
uniendo en nuestras manos el gozo y el dolor.
Y al amarnos el mundo se renueva,
la vida siempre es nueva, siempre es nuevo el amor.*

*1. Yo sé, Señor, que aunque hablara las lenguas del mundo,
aunque todos me llamen profeta,
si no puedo amar, soy sólo un rumor.
Yo sé que, sabiendo las ciencias extrañas,
conociendo secretos ocultos,
seré poca cosa, si no tengo amor.*

*2. Yo sé, Señor, que, aunque tenga una fe tan intensa
que traslade montañas y rocas,
de nada me sirve, si no tengo amor.
Yo sé que, aunque quemé mi cuerpo en las llamas,
aunque todo lo entregue a los pobres,
si no puedo amar es sólo ilusión.*

*3. Yo sé, Señor, que la vida imperfecta del hombre,
las palabras y las ciencias transcurren,
como un ave errante que cruza veloz.
Yo sé que, aunque el tiempo devore la tierra
y el olvido sepulte la historia,
en medio de todo perdura el amor.*